UNIVERSIDAD FINIS TERRAE

FACULTAD DE HUMANIDADES Y COMUNICACIONES

ESCUELA DE LITERATURA

# Vidas contaminadas: afectos y violencia lenta en *Zona de sacrificio* (2023) de Leo Marcazzolo

VALENTÍN ARISMENDI GONZÁLEZ

Tesina presentada por la Facultad de Humanidades y Comunicaciones de la Universidad Finis Terrae, para optar al grado de Licenciado de Literatura con mención en Gestión Cultural.

Esta investigación se realizó en el marco del seminario “Seres y zonas de sacrificio en el antropoceno”.

Profesora guía: Andrea Casals Hill

Santiago, Chile

2026

**AGRADECIMIENTOS**

Quiero agradecer, en primer lugar, a los profesores que me acompañaron directamente en este proceso de escritura y aprendizaje: Patricia Poblete y Andrea Casals, por su guía, paciencia y orientación en cada etapa de esta tesina.

También, deseo agradecer a los profesores que marcaron mi paso por la carrera y que, de alguna u otra forma, influyeron en mi manera de leer, analizar y escribir: Gustavo Carvajal, Valeria Cofre, Gastón Carrasco, Rosario León, Federico Zurita, Francisca Lange y Ana María Maza. A ellos, les debo muchas de las herramientas que hoy sostienen mi desempeño y pasión en la universidad.

Quisiera mencionar especialmente a Ignacio Álvarez, docente de la Universidad de Chile, cuyas palabras en un momento relevante fortalecieron mi motivación por continuar especializándome en literatura latinoamericana. Su influencia fue importante para reafirmar mis intereses académicos.

A mis padres, que han sido un apoyo constante durante toda mi formación; a mis amigos, que me acompañaron en momentos de cansancio, dudas y entusiasmo; y a mi perro, Wisin, cuya compañía hizo más llevaderas las horas de estudio y escritura. Gracias por sostenerme emocionalmente en este proceso lleno de desafíos y aprendizajes.

**ÍNDICE**

**Resumen**.....4
**Introducción.**.....5

**Marco teórico**.....10
1. Ecocrítica.....10
2. Violencia lenta en zonas de sacrificio.....13
3. Emociones y afectividad.....16
4. Focalización narrativa.....19

**Análisis**.....22
**Capítulo 1: Representación del territorio y la contaminación**.....22
1.1 Descripción del territorio y elementos de contaminación.....22
1.2 Manifestaciones de la violencia lenta en la vida de los personajes y la comunidad.....25

**Capítulo 2: Afectividad y emociones frente a la contaminación**.....28
2.1 Circulación de afectos y emociones.....28
2.2 Huellas de la contaminación en los cuerpos y relaciones de los personajes.....32

**Capítulo 3: Focalización narrativa y representación de la experiencia**.....36
3.1 El narrador omnisciente y la representación de los personajes frente al daño ambiental

**Conclusión**……...42
**Bibliografía**……..47

**RESUMEN**

Esta tesina propone una lectura ecocrítica y afectiva de la novela *Zona de sacrificio* (2023), de Leo Marcazzolo, ambientada en una comunidad marcada por la contaminación industrial. El texto muestra cómo la degradación ambiental repercute en la vida individual y en los vínculos de los personajes, generando monotonía, desgaste y desesperanza. El estudio se centra en las emociones y relaciones deterioradas, entendidas como consecuencia de la violencia lenta que caracteriza a las zonas de sacrificio. La hipótesis sostiene que la focalización narrativa omnisciente construye una representación de dicha violencia, mostrando cómo la contaminación industrial afecta emocional y socialmente la vida de los personajes. Para su análisis se consideran cuatro ejes principales: la ecocrítica, la noción de violencia lenta en las zonas de sacrificio, las emociones y afectos, y la focalización narrativa. Por ello, se plantea que la literatura chilena contemporánea visibiliza dimensiones emocionales y simbólicas de la crisis ambiental, ampliando la comprensión crítica de los problemas socioambientales.

**Palabras clave:** ecocrítica, violencia ambiental, focalización, emociones, literatura chilena contemporánea.

## INTRODUCCIÓN

La novela *Zona de sacrificio* (2023), escrita por Leo Marcazzolo y publicada por la editorial Los Perros Románticos, se sitúa en un territorio atravesado por la contaminación y la presencia de una empresa. El texto ficcionaliza una realidad que excede lo literario: en diversos países, existen lugares denominados 'zonas de sacrificio', donde la vida humana y no humana se ha subordinado en nombre del progreso económico. Estos espacios son escenarios de una violencia que no se percibe de manera inmediata, pero cuyos efectos se acumulan y repercuten en el cuerpo físico, el ecosistema y en la comunidad.

Marcazzolo, con una formación en el área periodística, con trayectoria en los medios de comunicación y en docencia universitaria, había trabajado previamente en reportajes sobre territorios afectados por la contaminación. Con esta novela incursiona en la ficción como un modo distinto de dar cuenta de esa experiencia, trasladando lo observado en terreno hacia un registro literario que permite representar los efectos subjetivos y emocionales de habitar un espacio dañado. Este cambio de género amplía su campo de escritura y revela la necesidad de explorar un problema real desde lo simbólico y afectivo, más allá de los límites de lo periodístico.

El problema central que la novela visibiliza –y que esta investigación retoma– es la normalización de la 'violencia lenta', comprendida como aquella forma de daño cuyos efectos se acumulan de manera silenciosa en la vida de los territorios expuestos a la contaminación industrial (Nixon 2). Esta violencia no se reduce al deterioro ecológico, sino que impacta en la salud de las personas, debilita los vínculos sociales y transforma el entorno en un espacio cada vez menos habitable. La obra muestra cómo ese daño, persistente y

soterrado, se enlaza con la vida humana, generando una experiencia compartida de monotonía y muerte anticipada.

Este punto resulta relevante al vincularse con situaciones reconocidas en el Chile actual. En lugares como Quintero y Puchuncaví, la contaminación industrial ha transformado el paisaje y la manera de vivir de sus habitantes. Si bien estos procesos han sido documentados en reportajes, investigaciones y testimonios, la obra de Marcazzolo aporta una aproximación distinta al incorporar en la ficción los efectos emocionales y subjetivos de la degradación ambiental. A través de esta mirada, la violencia lenta se presenta como una experiencia íntima y relacional, que impacta en la vida de los personajes y en la fragilidad de sus lazos comunitarios y familiares.

Hasta el momento, la novela no cuenta con análisis literarios, sino principalmente reseñas, entrevistas y comentarios críticos sobre su contenido. No obstante, el concepto de zona de sacrificio ha sido ampliamente trabajado desde la sociología y los estudios ambientales, lo que permite situar el contexto desde el cual la obra emerge. Villasana et al. (2020) definen las zonas de sacrificio como "zonas dejadas por el Estado a los estragos de la devastación industrial, y cuya población es objeto de abandono y desprotección" (351). Su estudio revela cómo la concentración de industrias contaminantes en territorios específicos responde a un patrón de desigualdad estructural, donde lo económico se impone por sobre la vida de las personas. Por su parte, Veas y Fuentes (2020) recogen testimonios de los habitantes de Quintero y Puchuncaví, evidenciando el desgaste corporal y emocional provocado por la exposición prolongada a los contaminantes industriales: la pérdida de salud, el miedo constante y la resignación ante un entorno que parece imposible de transformar (9). Ambas investigaciones coinciden en que la problemática ambiental chilena no puede

comprenderse sin atender a las estructuras de poder que la sostienen, aunque dejan abierta la dimensión simbólica y representacional del daño, espacio que la literatura puede abordar.

Desde este marco, *Zona de sacrificio* se vuelve entonces relevante al situarse en el cruce de ecología, política y sensibilidad, permitiendo explorar cómo la ficción reinterpreta las tensiones entre desarrollo y despojo. A través de la focalización narrativa y la construcción de la voz de los personajes, la obra permite examinar cómo se experimenta la contaminación y el abandono desde la mirada de quienes los habitan. La narrativa traduce en relato la violencia acumulativa, mostrando los afectos, la memoria y vínculos sociales que se ven impactados por la contaminación. Así, la literatura funciona como un medio para visibilizar la violencia lenta en su dimensión íntima y relacional.

En este contexto, la presente investigación busca responder la siguiente pregunta: ¿Cómo se entrelazan lo ambiental, lo social y lo afectivo en la representación literaria de un territorio marcado por la violencia lenta? Esta pregunta se sostiene en el supuesto de que la contaminación en estos territorios va más allá del deterioro ambiental natural y se inscribe en los cuerpos humanos, afecta su vida psíquica y fragmenta los lazos entre las personas. Con base en esto, se propone que la literatura que representa tales espacios permite explorar dimensiones emocionales y subjetivas de la violencia lenta, revelando cómo esta moldea las experiencias de los personajes y la percepción de su entorno. La hipótesis, en consecuencia, afirma que en *Zona de sacrificio* la focalización narrativa omnisciente permite representar la violencia lenta, mostrando cómo la contaminación industrial afecta emocional y socialmente la vida de los personajes y la comunidad.

El objetivo general de esta investigación es analizar *Zona de sacrificio* desde una perspectiva ecocrítica y afectiva, con especial atención al modo en que la focalización narrativa contribuye a representar la violencia lenta, mostrando cómo lo ambiental, lo social y lo emocional se articulan en la experiencia de los personajes. En términos específicos: examinar las tensiones emocionales que atraviesan los personajes y cómo estas expresan la internalización de la violencia lenta en su dimensión íntima y psíquica; identificar las formas de fragmentación de los lazos que emergen en el relato, vinculándolas con los efectos sociales de la contaminación; y analizar el rol del narrador omnisciente en la representación del ambiente contaminado y de las experiencias de monotonía, desgaste y desesperanza que configuran la vida en una zona de sacrificio.

Para desarrollar este análisis se emplean perspectivas críticas que permiten abordar la novela con mayor profundidad. La ecocrítica (Glofelty 1996; Garrard 2004) ofrece herramientas para abordar la representación literaria de la crisis ambiental y su impacto en los cuerpos y territorios. A ello se suma la noción de violencia lenta de Nixon (2011), que ilustra la manera en que los daños ambientales se acumulan de forma imperceptible hasta integrarse en la vida cotidiana. Este concepto resulta relevante al situarse en el marco de las denominadas zonas de sacrificio, trabajadas en Chile por autores como Villasana (2020), Veas y Fuentes (2020), quienes muestran cómo la contaminación industrial afecta simultáneamente lo territorial, lo social y lo afectivo. Desde la teoría de las emociones y afectos (Ahmed 2015 [2004]; Giraldo y Toro 2020), se explora cómo los sentimientos de desgaste, desesperanza y fragmentación median la experiencia de habitar en un entorno contaminado. Finalmente, la focalización narrativa, entendida a partir de la propuesta de Gerard Genette (1989 [1972]), posibilita observar cómo el narrador omnisciente construye una representación de la vida de los personajes, mostrando su dimensión íntima, psíquica y social, y cómo estas se ven afectadas por la contaminación en el territorio.

La obra adquiere relevancia dentro de la literatura chilena contemporánea, ya que combina la realidad observada con la experiencia íntima de los personajes, lo que abre nuevas posibilidades de interpretación. Desde esta perspectiva, la novela representa cómo la contaminación industrial deteriora el territorio, al mismo tiempo que transforma los vínculos sociales y las emociones, haciendo visible la violencia lenta que marca la vida. Con ello, el texto refuerza la importancia de examinar la dimensión afectiva y relacional de los problemas ambientales en la ficción.

La novela invita a reflexionar sobre la función de la literatura como un medio de denuncia y sensibilización frente a problemáticas socioambientales. Al presentar escenarios de contaminación y sus efectos en la vida cotidiana de los personajes, el texto contribuye a comprender la complejidad de los espacios degradados y cómo estos impactan simultáneamente en la percepción, la identidad y las relaciones humanas. Desde una perspectiva ecocrítica y afectiva, la obra muestra cómo la literatura puede articular lo ambiental, lo social y lo emocional, ofreciendo una vía de interpretación crítica que reconoce la violencia lenta que atraviesa a quienes habitan estos territorios. En este marco, la pertinencia de esta investigación radica en la vigencia de la problemática ambiental en Chile, mientras que su necesidad se justifica en la urgencia de visibilizar la dimensión afectiva y simbólica de habitar una zona de sacrificio. Pues, existe literatura latinoamericana que problematice lo ambiental, sin embargo, en Chile sólo hay dos libros que traten cercanamente estos lugares sacrificados.

## Marco Teórico

### 1. Ecocrítica

La ecocrítica se consolidó en el año 1990 como un campo de estudio que vincula la literatura con los problemas medioambientales. Su surgimiento respondió a una ausencia evidente: mientras los debates literarios de finales del siglo XX se concentraban en categorías de clase, género o raza, el deterioro de los ecosistemas y las múltiples crisis ecológicas apenas recibían atención (Araya 279). En ese contexto, la ecocrítica buscó integrar el análisis cultural con la reflexión ambiental, al reconocer que los textos no existen de manera aislada, sino en relación con los sistemas ecológicos en los que se insertan. Como explica Cheryll Glotfelty (1996), este campo estudia "the relationship between literature and the physical environment [...] [it] takes as its subject the interconnections between nature and culture, specifically the cultural artifacts of language and literature" (ix-xix). Dicho de otro modo, la crítica literaria incorpora a su horizonte las relaciones entre cultura y naturaleza, y entiende la literatura como un espacio donde dichas conexiones se visibilizan y adquieren forma simbólica.

Toda crítica ecológica parte de la premisa de que la cultura humana y el entorno físico se influyen mutuamente: las acciones humanas transforman el ambiente, mientras que el entorno condiciona la experiencia de vida y las decisiones de los individuos (Glotfelty xix). Esta concepción amplía la noción de 'mundo' más allá de la esfera social, incluyendo la totalidad de la ecosfera. Desde esta perspectiva, la literatura no solo representa conflictos humanos en el marco de las instituciones o estructuras sociales, sino que también incorpora las interacciones con el medio natural, los paisajes y las materialidades que habitan el entorno. Analizar un texto desde la ecocrítica implica, entonces, prestar atención tanto a los

modos en que lo ambiental es narrado como a las consecuencias simbólicas de su representación.

La amplitud de este campo se refleja en el mismo planteamiento de la autora, quien señala que "nature per se is not the only focus of ecocritical studies of representation. Other topics include the frontier, animals, cities, specific geographical regions, rivers, mountains, deserts, Indians, technology, garbage and the body" (xxiii). Este listado muestra que lo ecológico, más que limitarse a la contemplación de paisajes, incluye múltiples dimensiones de lo material y lo cultural: los desechos, la tecnología, los cuerpos humanos y no humanos, así como la organización de los territorios. La ecocrítica permite, por lo tanto, observar la literatura como un entramado en que se cruzan prácticas sociales, afectos y espacios físicos, mostrando cómo lo ambiental se vuelve inseparable de lo cultural.

En este punto resulta relevante el aporte de Greg Garrard (2004), autor e investigador en el área de humanidades ambientales, quien complementa la propuesta de Glotfelty al enfatizar que la ecocrítica constituye un análisis con una dimensión política explícita. Según el autor, "Ecocriticism is, then, an avowedly political mode of analysis, as the comparison with feminism and Marxism suggests" (3). Esto implica que la literatura refleja realidades ecológicas y también interviene en los modos de nombrar, representar y problematizar la naturaleza. Los textos literarios contribuyen a definir qué problemas ambientales se conciben como 'naturales', cuáles se entienden como 'amenazas' y qué conflictos logran ser reconocidos como urgentes. En esa línea, la literatura se vuelve parte activa de la construcción social de los problemas ambientales, al producir metáforas, imágenes y narrativas que circulan en la cultura y configuran las percepciones colectivas.

De acuerdo con Garrard, uno de los aportes centrales de la ecocrítica es mostrar que los problemas ecológicos no son hechos objetivos y neutrales, sino que se configuran también como disputas culturales. Así, por ejemplo, la noción de 'contaminación' no se refiere únicamente a la presencia de una sustancia en el ambiente; más bien, como explica el autor, "represents an implicit normative claim that too much of something is present in the environment, usually in the wrong place" (6). En otras palabras, se trata de un concepto cargado de valores y evaluaciones, que surge del modo en que una sociedad interpreta qué sustancias, prácticas o procesos resultan dañinos. Este enfoque permite observar cómo la literatura incorpora y reelabora concepciones, ya sea reforzándolas, cuestionándolas o mostrando sus implicaciones sociales.

La dimensión política señalada por Garrard también se expresa en el carácter moral del análisis ecocrítico. Frente a la magnitud de las crisis ambientales, que suelen superar la escala individual, "to confront the vast, complex, multifarious agglomeration of ecological crises with the apparently flimsy tools of cultural analysis must be seen by the ecocritic as a moral and political necessity" (14). Esto significa que leer literatura desde la ecocrítica constituye un aporte concreto para comprender cómo los relatos participan en la construcción cultural de los problemas ambientales. En tanto que los textos pueden sensibilizar, visibilizar o incluso naturalizar ciertas prácticas, el análisis ecocrítico se vuelve un medio para desentrañar esas operaciones y situarlas en el marco de debates más amplios sobre la justicia ambiental y crisis ecológica.

En síntesis, tanto Glotfelty como Garrard coinciden en destacar que la ecocrítica ofrece herramientas para abordar la representación literaria de la crisis ambiental y su impacto en cuerpos, territorios y comunidades. Mientras la primera subraya la necesidad de

ampliar la noción de ‘mundo’ para incluir la totalidad de la ecosfera, el segundo enfatiza la dimensión política y discursiva de los problemas ambientales. Esta complementariedad permite comprender que lo ambiental en la literatura no se limita al «decorado», sino que constituye un ámbito de relaciones donde lo material y simbólico se encuentran.

Así, en el análisis de la novela, la perspectiva de Glotfelty orientará la observación de las interacciones entre personajes y entorno, integrando lo social y lo ecológico; por su parte, los aportes de Garrard permitirán identificar cómo se representan y problematizan la contaminación y el deterioro ambiental. De este modo, ambos enfoques se articulan para examinar cómo la novela traduce la degradación en experiencias sensibles.

## 2. La violencia lenta en las zonas de sacrificio

La noción de violencia lenta describe un tipo de daño que ocurre de manera gradual y, en muchas ocasiones, pasa inadvertido. A diferencia de las formas de violencia inmediata –explosiones, derrumbes o catástrofes repentinas–, se trata de procesos dispersos en el tiempo y en el espacio, cuyos efectos se acumulan hasta volverse críticos. Rob Nixon (2011) le define como “[v]iolence that occurs gradually and out of sight, a violence of delayed destruction that is dispersed across time and space, an attritional violence that is typically not viewed as violence at all” (2). Esta modalidad resulta difícil de identificar, porque se inscribe en la cotidianidad y desafía los marcos habituales de representación de lo violento.

Uno de los principales problemas de esto es precisamente su invisibilidad social y política. Nixon advierte que las catástrofes súbitas atraen atención mediática y nutren la memoria colectiva, mientras que la violencia lenta, al carecer de ese carácter espectacular,

suele ser relegada o minimizada (3). Esto genera un desfase entre la magnitud real del daño y la respuesta institucional, ya que los efectos acumulativos permanecen fuera de la percepción pública inmediata. En este sentido, la violencia lenta no solo implica un fenómeno material, sino también un desafío representacional, que dificulta su reconocimiento y, por tanto, su reparación.

La noción adquiere relevancia en el contexto de las zonas de sacrificio, espacios donde la actividad industrial se concentra y expone a las comunidades a un deterioro sostenido en el ambiente. Estas zonas, presentes en Chile y en otros países latinoamericanos, son el resultado de decisiones políticas que privilegian la rentabilidad sobre la salud y el bienestar de las personas. Villasana et al. (2020) las definen como "zonas dejadas por el Estado a los estragos de la devastación industrial, y cuya población es objeto de abandono y desprotección" (351). Este abandono estructural facilita que los daños se acumulen en la rutina cotidiana de quienes habitan estos territorios, normalizando riesgos que en otros contextos serían intolerables y evidenciando la persistencia de la violencia lenta.

La vertiente social de esta violencia se refleja en los testimonios de los propios habitantes. Veas y Fuentes (2020) recogen testimonios que evidencian el desgaste de los cuerpos tras la exposición continua a la contaminación: "muchos años respirando esa contaminación, uno lamentablemente la salud con los años, y más que yo ya tengo varios, se me ha juntado mucho de esos contaminantes" [sic] (9), se lee en uno de ellos. Estas vivencias muestran cómo la violencia lenta no solo afecta al ambiente físico, sino que penetra en la vida íntima y en la organización comunitaria, fracturando vínculos y condicionando posibilidades de habitar dignamente un territorio.

En este punto, Nixon subraya que el desafío que plantea la violencia lenta no es únicamente político o ambiental, sino también narrativo, porque su carácter incremental la hace difícil de percibir y, por lo tanto, de representar (11). La literatura, en este sentido, no se limita a visibilizar un problema ya dado, sino que produce formas sensibles de experiencia, que permiten comprender lo que no tiene una imagen inmediata. Escribir sobre la contaminación cotidiana, el desgaste de los cuerpos o la fragmentación de vínculos sociales, equivale a traducir en relato aquello que, por su dispersión temporal, suele quedar fuera de los discursos oficiales o mediáticos.

Desde esta perspectiva, la violencia lenta y las zonas de sacrificio encuentran en la ficción un marco de representación que hace legibles los procesos que, de otro modo, permanecerían invisibles. La narrativa convierte el deterioro sostenido en vivencia compartida, y muestra cómo lo ambiental se entrelaza con lo íntimo y lo colectivo. Este enfoque resulta útil para el análisis, ya que permite observar cómo la literatura se hace cargo de la dimensión emocional y social que supone la crisis ecológica, abriendo un espacio para comprender la degradación desde la sensibilidad y los vínculos humanos.

En este sentido, en el análisis de la novela, los aportes de Nixon permitirán identificar cómo se representa y traduce la violencia ambiental acumulativa, mientras que los estudios de Villasana et at. y Veas y Fuentes aportarán herramientas para interpretar el impacto material y social sobre los territorios y las comunidades. De este modo, los tres enfoques se articulan para examinar cómo la narrativa visibiliza procesos de daño prolongado y sus efectos en la vida cotidiana de los personajes y del entorno.

## 3. Emociones y afectividad

Las emociones, desde la mirada de Sarah Ahmed (2004), no pueden reducirse a estados psicológicos individuales: más bien deben entenderse como prácticas culturales y sociales que se configuran en la interacción con otros cuerpos y objetos. Esto significa que los afectos no 'residen' dentro de un sujeto, sino que circulan, se mueven y se adhieren, produciendo vínculos y orientaciones colectivas. En palabras de la autora, "Las emociones moldean las superficies mismas de los cuerpos, que toman forma a través de la repetición de acciones a lo largo del tiempo" (24). De este modo, lo afectivo aparece como un fenómeno relacional: aquello que conecta y diferencia a las personas, que organiza la manera en que los cuerpos se acercan o se distancian.

En esta línea, Ahmed plantea que los sentimientos se producen como efectos de la circulación, y no como propiedades fijas de los individuos (31). El miedo, la alegría o el dolor se vuelven 'pegajosos' porque quedan asociados a ciertos objetos, espacios o comunidades, orientando las formas de habitar. Así, las emociones no son simples respuestas internas, sino condiciones que moldean la experiencia compartida, que hacen posible la constitución de grupos y, al mismo tiempo, establecen fronteras con lo que se percibe como ajeno.

El dolor, por ejemplo, permite comprender cómo los afectos inscriben en los cuerpos una relación con el mundo. Ahmed explica que la experiencia del dolor no aísla al sujeto, sino que lo vincula con otros cuerpos y con los espacios que habita (59). Sentir dolor significa reconocer un contacto con lo que rodea, una impresión que deja huellas en la superficie corporal, y conecta con lo íntimo y colectivo. De esta manera, el dolor es una práctica social que revela cómo los cuerpos se configuran a través de las relaciones con su entorno.

El miedo también permite comprender cómo las emociones orientan los cuerpos en relación con los otros y con el entorno. La autora señala que “El miedo implica una anticipación de daño o herida, nos proyecta del presente hacia un futuro. Pero la sensación de miedo nos presiona hacia ese futuro como una experiencia corporal intensa en el presente” (109). En este sentido, el miedo actúa como una fuerza que organiza el espacio social: separa y reúne cuerpos, regula la cercanía y la distancia, y define aquello que se considera peligroso o amenazante. Las emociones, así, no solo expresan lo que se siente, sino que intervienen activamente en la forma en que se habita el mundo.

La perspectiva de la afectividad ambiental propuesta por Omar Giraldo e Ingrid Toro (2020) amplía esta comprensión al situar las emociones dentro de un entramado ecológico. Los autores sostienen que habitar un territorio implica un intercambio constante entre los cuerpos y el ambiente, donde las fuerzas del lugar dejan huellas en quienes las ocupan: “Somos las huellas, las impresiones, las marcas del ambiente en el cual moramos; cuerpos afectivos que adoptamos de manera sintiente los estímulos que allegan del territorio en el que nos encontramos” (119). Esta idea permite entender que la sensibilidad es más que un rasgo individual: es una forma de conocimiento que emerge del contacto con el entorno.

Sin embargo, Giraldo y Toro advierten que la afectividad no siempre potencia la empatía o el cuidado, pues también puede ser orientada en marcos culturales y económicos que definen qué merece ser sentido y qué debe permanecer indiferente. Los autores explican que “estas emociones también están condicionadas por los esquemas sensibles de las sociedades a las cuales pertenecemos (122), lo que evidencia que la sensibilidad está sujeta a estructuras de poder que determinan ante qué reaccionar afectivamente. En este contexto, la pérdida de empatía frente a la degradación ambiental se convierte en una forma de control

social, donde la normalización del daño impide reconocer la interdependencia entre los cuerpos y el territorio.

En este sentido, la literatura se presenta como un ámbito donde pueden observarse las formas en que los afectos expresan las tensiones entre los cuerpos y su entorno. A través de los vínculos, las emociones y las sensibilidades representadas, los textos literarios permiten examinar cómo la degradación se traduce en experiencias de desgaste, miedo o desconexión, revelando la manera en que los sujetos incorporan en su vida diaria los efectos de los entornos dañados. En esta línea, lo afectivo ofrece una vía de lectura que vincula lo ecológico con lo social, mostrando que la crisis ambiental también es una crisis de las emociones y de los lazos que sostienen la vida en común.

En el análisis de la novela, los aportes de Ahmed permitirán observar cómo los personajes experimentan y expresan emociones en relación con su entorno, revelando la circulación de afectos y su impacto en la vida comunitaria. Por su parte, la mirada de Giraldo y Toro servirán para interpretar cómo las emociones se inscriben en los cuerpos y territorios afectados por la degradación ambiental, permitiendo vincular lo individual con lo colectivo. De este modo, ambas aproximaciones se articulan para examinar cómo el relato conecta la crisis ecológica y las relaciones afectivas, mostrando la fragmentación de los lazos y la transformación emocional de los personajes frente a un entorno en deterioro.

## 4. Focalización narrativa

Gérard Genette (1966) propone el concepto de focalización para distinguir dentro del relato el acto de narrar y el acto de percibir (242-243). Esta distinción permite analizar desde qué punto de vista se organiza la información y cómo se construye la relación entre narrador, los personajes y el lector. La focalización, por tanto, no se refiere únicamente a quien cuenta la historia, sino a quién ve, quién sabe y qué se deja ver. De este modo, la noción se convierte en una herramienta central para examinar las relaciones entre el mundo narrado y la manera en que se entiende o se muestra la realidad extratextual dentro del relato. Comprender la focalización implica, entonces, observar cómo se reparte el conocimiento dentro de la narración y cómo esa distribución condiciona la interpretación de los acontecimientos.

Dentro de las modalidades de focalización planteadas por Genette, la focalización cero ocupa un lugar central. En este caso, el narrador sabe sobre los hechos y los personajes; conoce sus pensamientos, emociones y el desarrollo de la trama en su totalidad. Corresponde, según el autor, a la "omnisciencia del novelista clásico" (261). Este tipo de narrador domina el relato desde una posición superior, presentando los acontecimientos con una mirada que abarca todo. El narrador decide qué información se entrega, en qué momento y con qué grado de profundidad, motivaciones internas y vínculos entre distintos niveles del mundo narrado. Esta posición implica un saber total y también la capacidad de establecer la distancia entre el lector y los personajes, mostrando momentos de manera panorámica. La focalización cero, en ese sentido, se convierte en un medio relevante para comprender cómo la narrativa articula lo individual y lo colectivo, y cómo la voz narrativa adquiere un rol interpretativo en la representación del conflicto.

La dimensión temporal del relato también forma parte de la organización del punto de vista. Genette distingue entre distintas maneras de manejo del tiempo narrado, entre ellas

la prolepsis, que consiste en anticipar hechos posteriores dentro de la historia (95). Este recurso permite que el narrador entregue información futura antes que los personajes la conozcan, ampliando la perspectiva del lector y configurando una mirada que opera desde el conocimiento adelantado a los hechos. Las prolepsis pueden aparecer de manera puntual o generalizante, y en este último caso "esboza[n] una perspectiva sobre la serie ulterior" (125), lo que otorga al relato una proyección amplia sobre el destino de los personajes y del mundo narrado.

La focalización cero se articula de manera complementaria con el uso de la prolepsis, ya que ambas amplían el alcance del narrador dentro del narrador. La omnisciencia permite que la narración disponga del conocimiento necesario para anticipar los acontecimientos y presentarlos antes de que los personajes los vivan o comprendan. De este modo, la prolepsis funciona como una manifestación concreta de esa posición dominante del narrador, que organiza el tiempo desde una perspectiva total. La combinación de estos elementos produce una lectura en la que el futuro se integra de manera natural al presente narrado, configurando un camino que guía la interpretación del lector y da forma a la experiencia de los personajes dentro de la ficción.

En el análisis literario, la focalización cero y la prolepsis permiten comprender cómo el relato organiza el conocimiento y orienta la lectura hacia una interpretación particular del mundo narrado. La posición omnisciente del narrador establece una distancia que combina una mirada amplia del territorio con la exposición de ciertos estados emocionales o pensamientos atribuidos a los personajes, mientras que la anticipación temporal aporta una proyección que sitúa los hechos presentes dentro de un futuro ya anunciado. Ambos recursos configuran un modo de percepción que entrelaza las vivencias individuales con procesos más

amplios del entorno. De este modo, la obra construye un marco de sentido donde el daño, sus causas y sus efectos se leen desde una perspectiva que abarca distintos niveles de la experiencia.

En *Zona de sacrificio*, la articulación entre focalización cero y prolepsis ofrece una base para examinar cómo la narración construye la experiencia del daño. La presencia constante de un narrador omnisciente, junto con las anticipaciones que incorpora en distintos momentos del relato, crea un punto de vista que vincula el deterioro del territorio con las vivencias de quienes lo habitan. Ambas herramientas permiten observar el modo en que la novela presenta la contaminación industrial como un proceso extendido en el tiempo y perceptible en el entorno, las relaciones y afectos de los personajes. Desde este marco, el análisis se enfocará en mostrar cómo la mirada narrativa participa en la representación de la violencia progresiva, poniendo en relieve sus efectos emocionales y colectivos.

## Análisis

## Capítulo 1: Representación del territorio y la contaminación

Este capítulo analiza la representación del territorio y la contaminación en *Zona de sacrificio*, mostrando cómo la degradación ambiental estructura la experiencia cotidiana y las relaciones dentro de la comunidad. A partir de la descripción de un espacio marcado por la intervención industrial, se observa cómo el daño ambiental se extiende hacia los cuerpos y las formas de convivencia. Para su desarrollo, el capítulo se organiza en dos apartados: el primero se centra en la configuración del territorio y los elementos de la contaminación, mientras que el segundo examina las manifestaciones de la violencia lenta en la vida de los personajes y la comunidad.

### 1.1 Configuración del territorio y elementos de la contaminación

En *Zona de sacrificio*, Leo Marcazzolo configura un espacio narrativo en el que la degradación ambiental estructura la vida cotidiana y las percepciones de sus habitantes. Desde las primeras páginas, el texto muestra un territorio alterado por la presencia industrial, donde la naturaleza se encuentra empobrecida y se convierte en una marca de ese deterioro. El paisaje, lejos de ser un entorno armónico, aparece intervenido y desgastado, revelando las huellas de una actividad que ha transformado el territorio en un residuo del progreso. Esta representación inicial sitúa la crisis ambiental en el centro de la experiencia humana, articulando una relación estrecha entre los cuerpos, el espacio y la contaminación.

La atmósfera del pueblo condensa ese deterioro que impregna cada rincón. El aire se presenta como una sustancia que oprime y pesa sobre los habitantes: “El aire sopla y, solo cuando hay suerte, resuelve [*sic*] toda esa tristeza inherente que habita en ellos. [...] Hasta a

los altares alcanza el viento. Circula por encima de los techos, alargando infinitos aullidos sobre la tierra [...]" (19). En este fragmento el viento se convierte en un agente que atraviesa los límites del espacio, cargando consigo tristeza y la descomposición del lugar. La naturaleza deja de ser un fondo pasivo y participa activamente en la configuración del malestar colectivo. Desde una lectura ecocrítica, esto coincide con la idea de Glotfelty sobre la literatura como un lugar en donde las relaciones entre lo humano y lo natural se hacen visibles. La contaminación del aire, al incorporarse en la experiencia sensorial, muestra que el deterioro del entorno no es externo a las personas, sino que las habita y las constituye.

El deterioro ambiental también se manifiesta en las acciones cotidianas, donde la contaminación se integra a la rutina y a las formas de vida. El narrador describe que "Los niños corren desde la playa con las plantas de los pies, atestadas casi por completo con la arena, arrastrando esqueletos de vida marina como cadáveres de pulgas y algas" (23). Esto muestra cómo la muerte y el desgaste se vuelven parte de lo común. Una escena vinculada al juego e inocencia infantil aparece, sin embargo, impregnada por imágenes de descomposición. En este sentido, el relato revela una interdependencia entre la naturaleza y la cultura, ya que el entorno no se limita a la acción, sino que participa en ella, afectando los cuerpos y las emociones. La vida cotidiana se adapta al daño, lo que sugiere una normalización progresiva de la degradación del medio ambiente.

Más adelante, el texto amplía esta mirada y muestra que la contaminación no es un accidente natural, sino el resultado directo de una estructura económica que sostiene el poder industrial. El narrador observa: "El ácido sulfúrico que emana desde las refinerías de cobre que maneja la Empresa, duerme con ellos y amanece con ellos. Todos pululan mareados, escapando de una resaca eterna" (71). La presencia constante de los desechos sugiere que el

daño ha integrado a los ritmos del cuerpo y del tiempo, anulando la posibilidad de separación entre el trabajo, la vida y la enfermedad. Este aspecto puede vincularse con la lectura política de Garrard, quien entiende la ecocrítica como una forma de visibilizar los discursos que naturalizan la destrucción del entorno. En la novela, la Empresa representa esa estructura de poder que impone un modelo de desarrollo donde la contaminación se vuelve parte del orden diario.

Esa fusión entre cuerpo y territorio se intensifica en los indicios visibles del deterioro: "La enfermedad se mostró lapidaria desde un inicio. El hombre despertaba con un sabor amargo, ácido y fuerte en el paladar, luego comenzó a ser invadido por grandes manchas negruzcas en las zonas más insospechadas de su cuerpo" (78). Aquí el cuerpo se vuelve una extensión del lugar enfermo, llevando en su superficie la marca de la toxicidad. El cuerpo se vuelve un registro del veneno, un espacio que, sin palabras, muestra las consecuencias del progreso industrial. Por lo tanto, ya no hay una separación entre ellos, el cuerpo y su territorio, porque ambos comparten la misma degradación.

La naturaleza también refleja esa pérdida de equilibrio: "Los pelícanos, antes de morir también experimentan el vértigo, suben hasta el acantilado más alto, clavan sus ojos en el mar, y desde allí, emprenden su descenso. No se sabe si es un salto intencional al vacío" (135). El paisaje y la vida animal condensan el colapso del ecosistema. Esa ambigüedad entre la voluntad de morir o la inercia de sobrevivir refleja de cierta manera el estado del mismo territorio: atrapado en la destrucción y la resistencia. En los pelícanos se proyecta también el destino de los habitantes, pues ambos enfrentan la imposibilidad de escapar de un entorno que los consume lentamente.

El territorio de *Zona de sacrificio* aparece entonces como un espacio en que la degradación ambiental se inscribe en la vida y en los cuerpos, revelando las tensiones entre progreso y destrucción. La acumulación del daño, visible en el aire, en la tierra y en los cuerpos, prepara el paso hacia una manera más profunda de deterioro: aquella que se entiende de forma silenciosa y persistente en las emociones y vínculos de la comunidad. Esa dimensión, que se abordará en el siguiente apartado, corresponde a la experiencia de la violencia lenta.

### 1.2 Manifestaciones de la violencia lenta en la vida de los personajes y la comunidad

El deterioro ambiental que recorre *Zona de sacrificio* trasciende el entorno físico y se prolonga en los cuerpos y en la vida de quienes lo habitan. La contaminación se convierte en una forma de daño persistente, casi imperceptible, que moldea la vida de las personas. Este tipo de afectación se asocia con la noción de violencia lenta planteada por Rob Nixon, una violencia que se acumula en el tiempo y cuyos efectos se manifiestan de manera gradual. En la novela, esa lentitud del daño se percibe en el modo en que los personajes conviven, enferman y se relacionan dentro de un territorio que ha dejado de ofrecer seguridad.

Las marcas físicas son los primeros signos de esta violencia. La exposición constante a los residuos tóxicos transforma los cuerpos y convierte la salud en un estado de fragilidad permanente. El narrador describe que “La gente comenzó a presentar signos evidentes de dermatitis atópica y excemas [*sic*] que les dejaban huellas lacerantes, heridas abiertas y enrojecidas, que se hinchaban y expandían aún más, mientras más se metían al mar” (Marcazzolo 40). El cuerpo se vuelve así una superficie donde se inscribe el daño ambiental;

su deterioro muestra la continuidad entre el espacio contaminado y la vida de quienes lo habitan.

Este desgaste físico se incorpora en la vida diaria a través de un deterioro corporal persistente. “Problemas médicos tales como asma, falencias cardíacas, cáncer, vómitos, mareos, bajas de presión, desmayos y pérdida de sensibilidad en las extremidades, comenzaron a acompañarlos diariamente” (41). La enfermedad deja de ser un caso aislado para convertirse en parte de la rutina. En este sentido, la violencia lenta se manifiesta en la normalización del daño: el cuerpo enfermo y la comunidad aprenden a convivir con el malestar como una condición más de su existencia.

El daño, sin embargo, no se limita sólo a lo corporal. La contaminación se infiltra también en la vida comunitaria, alterando vínculos entre los habitantes y su relación con el entorno. La presencia de los residuos y la enfermedad colectiva se hace constante que se normalizan. Esta dificultad para percibir el daño como un problema peculiar constituye precisamente una de las características de la violencia lenta: un deterioro que avanza de manera gradual, se integra en la rutina y deja de ser reconocido como tal.

Esta persistencia del daño se relaciona con lo planteado por Villasana et al., Veas y Fuentes, quienes advierten que la contaminación industrial afecta simultáneamente lo territorial, lo social y lo afectivo. En la novela, esta expansión del daño se ve en la rutina de los personajes, donde el desgaste del entorno repercute de manera directa en los cuerpos y en las emociones colectivas. El narrador describe que “la gente comenzó a sentir más inseguridad y miedo que ira o enojo” (40), lo que sugiere cómo la violencia lenta, en el sentido de Nixon, se materializa aquí en la vida emocional de los habitantes. El miedo y la

inseguridad reemplazan la indignación, consolidando un estado de pasividad que permite que el deterioro avance sin resistencia.

Esa pasividad, sin embargo, no implica ausencia de conciencia, sino una forma de acostumbramiento que distorsiona la percepción del daño. Esto se vuelve evidente en la mirada del Argentino, quien, al llegar al lugar, percibe un desgaste que el resto no nota. El narrador señala: "su extinción comenzó a producirse de manera lenta, silenciosa. Pero pese a eso, nadie en el pueblo reaccionaba. Estaban dormidos, confundidos pero no iracundos" (75). La mirada externa del personaje revela cómo el miedo y la rutina han dado paso a la ceguera colectiva: una comunidad que ha interiorizado la violencia de la que son víctimas hasta el punto de no poder reconocerla.

Con el paso del tiempo, este adormecimiento se transforma en una forma de negación activa: "Reían cuando el Argentino les decía que era la Empresa [...]. La defendían con uñas y dientes. Era la primera vez que el Argentino lograba observaba una ceguera semejante de un puñado de víctimas con respecto a su victimario" (77). La escena profundiza el estado de pasividad mencionado, mostrando cómo la violencia lenta se consolida en el plano de la percepción. La comunidad convive con el deterioro, lo justifica e incorpora el discurso de la Empresa como parte de su vida diaria. El miedo y la dependencia terminan por anular cualquier intento de resistencia, revelando el grado de control que ejerce la contaminación sobre la vida social y emocional.

Las representaciones del territorio y de los cuerpos en *Zona de sacrificio* muestran que la violencia lenta deteriora el ambiente, también moldea las formas de vida y convivencia. La contaminación se vuelve una fuerza constante que condiciona la existencia

y transforma la sensibilidad colectiva, anticipando implicancias afectivas y subjetivas que serán abordadas en el siguiente capítulo.

## Capítulo 2: Afectividad y emociones frente a la contaminación

Este capítulo analiza la afectividad y las emociones que surgen en el entorno de la contaminación. Los personajes de *Zona de sacrificio* experimentan sentimientos de miedo, tristeza y desarraigo que se intensifican con el deterioro ambiental. A medida que la contaminación aumenta, estos efectos se extienden entre los habitantes y configuran una atmósfera colectiva de agotamiento. De este modo, el daño del entorno transforma el territorio y la manera en que las personas sienten y se relacionan.

Para su desarrollo, el capítulo se organiza en dos apartados: 'Circulación de afectos y emociones', se centra en cómo las emociones individuales se vuelven colectivas y marcan el ánimo general del lugar. El segundo, 'Huellas de la contaminación en los cuerpos y relación de los personajes', examina cómo esos afectos se materializan en los cuerpos y en los vínculos, mostrando que la degradación ambiental también implica una degradación emocional y relacional.

### 2.1 Circulación de afectos y emociones

En la novela, hay personajes que han sido afectados por una contaminación que avanza de manera silenciosa. Distintas emociones afloran e invaden la mente, pero además de eso: repercute en sus acciones y en la forma en que se relacionan entre sí. El miedo, también la tristeza y la incertidumbre se extienden entre los habitantes y terminan formando una

atmósfera compartida, donde las emociones dejan de ser solo individuales para convertirse en parte del ambiente. Esta idea puede vincularse con lo planteado por Sara Ahmed, quien sostiene que los afectos circulan entre los cuerpos y moldean los vínculos, dando forma a un modo de estar juntos. En *Zona de sacrificio*, esa circulación de emociones muestra cómo el daño ambiental afecta al territorio y la manera en que las personas sienten y se conectan con su entorno.

La llegada de las moscas es el primer signo de una perturbación que nadie logra explicar. “La invasión no los sepultó como nada los terminaría por sepultar jamás. Pero sí les produjo un vértigo que no se sostendría ante la razón, sino frente al temor de un futuro oscuro” (24). La escena, originada por las hermanas Rocha [Blanca y Conchita], da cuenta de un miedo que surge desde el desconocimiento. Ninguno de los habitantes comprende el motivo del fenómeno, y ese vacío de sentido alimenta la sensación de amenaza. El temor se propaga entre los cuerpos y los espacios, transformándose en una fuerza que une a los personajes bajo una misma inquietud. El miedo se instala como un elemento más del ambiente, anticipando la descomposición emocional que más tarde provocará la contaminación industrial.

Con el paso del tiempo, ese desconcierto vuelve a manifestarse, aunque ahora bajo otro contexto: la contaminación provocada por la Empresa. Los habitantes comienzan a percibir el deterioro del entorno sin comprender su causa. El narrador señala que: “Era la incertidumbre de no saber, de no saber cómo estaba comenzando a morirse todo; tanto la tierra como el mar, ni siquiera conocían el origen de su mal” (40). Esta falta de comprensión produce una angustia persistente, que se instala en la vida cotidiana y refuerza la sensación de vulnerabilidad colectiva. La incertidumbre, al igual que antes el miedo, se comparte entre

los personajes y se vuelve parte del paisaje emocional de la comunidad. De este modo, el daño ambiental deja de ser un fenómeno externo y comienza a moldear la manera en que los habitantes sienten y enfrentan la pérdida de su mundo.

A medida que el deterioro avanza, la incertidumbre inicial se transforma en descontrol emocional. Los habitantes actúan movidos por una mezcla de miedo, culpa y desesperación. El narrador describe que: "Algunos, incluso, se inventaban penitencias excesivas o se inventaban crímenes que jamás habían cometido. Se estaban volviendo locos" (41). La confusión da paso a conductas irracionales, cuando los personajes intentan encontrar un sentido o causa a lo que viven. Poco después, la novela muestra escenas incluso más intensas: "Aparecían individuos que corrían casi desnudos por campos o playas con los pantalones anchos, colgando desde sus cinturas, aullando día y noche: '¡Ay Dios mío', 'Ay Dios mío', con los semblantes cargados de horror" (43). El miedo, al expandirse, deja de ser una emoción privada y pasa a invadir el espacio común. Así, la contaminación daña los cuerpos y perturba el equilibrio mental de la comunidad.

El miedo y la tensión terminan filtrándose en los vínculos más íntimos. La relación entre Blanca y Conchita muestra cómo la contaminación industrial también corrompe lazos familiares. "Conchita se sentía atraída hacia el dinero [...] Tenía un ímpetu tan grande de acumular dinero, que la ambición no la dejaba ver [...] Luego de eso, las hermanas jamás volvieron a ser hermanas. Se gatilló un quiebre" (52-53). En este fragmento, la ambición aparece como un afecto contaminante que fractura la relación entre las hermanas, del mismo modo en que la polución destruye los vínculos en la comunidad. La ruptura entre ambas simboliza cómo los sentimientos, impulsados por el miedo y la desesperanza, se desvían en conflictos y aislamiento.

Blanca encarna un estado de desgaste afectivo que atraviesa a los habitantes del territorio. En su espera constante por el regreso de su hijo, se encuentra atrapada entre el miedo y la impotencia: “Permanece, ansiosa, agazapada, sobre su cama tibia con los ojos tan fijos y muertos como los de una muñeca” (61). La pasividad de ella refiere a un agotamiento que muestra el peso emocional del entorno. Su angustia individual se convierte en un reflejo de un sentir colectivo, donde la vida cotidiana queda suspendida en un estado de espera y resignación.

Esa misma sensación de pérdida y desesperanza también se proyecta en otras relaciones. Años antes, cuando la contaminación apenas comenzaba y aún no se comprendía del todo su alcance, Conchita intenta retener al Argentino; su gesto da cuenta de que existe una necesidad de aferrarse a lo poco que queda en un entorno que empezaba a desmoronarse: “En un póstumo y desesperado gesto por retenerlo, terminó por agarrarlo por ambas piernas, amenazándolo con un cuchillo” (147). La escena muestra una dependencia afectiva marcada por la desesperación: Conchita temía quedarse sola y buscaba retener algo –una presencia, un vínculo– en medio de un deterioro emocional que, con el tiempo, afectará a toda la comunidad.

Más adelante en la novela, cuando la comunidad ya ha tomado conciencia del daño provocado por la Empresa, el miedo se transforma en hostilidad. Mauricio Soto, quien trabaja para la misma industria que contamina el territorio, se convierte en objeto de rechazo y violencia. El narrador describe: “[...] mientras comienza a llorar con la misma intensidad con que lloraría un niño al perder a su mamá en la playa. Su caudal de lágrimas es tan abundante que no logra contenerse ni siquiera para respirar” (116-117). La escena muestra el desborde emocional de un personaje que encarna la culpa colectiva: Mauricio llora por el peso de una

comunidad que ya no distingue entre víctima y victimario. El dolor individual se funde así con el malestar común, cerrando el ciclo afectivo que atraviesa el relato.

En conjunto, las emociones en *Zona de sacrificio* revelan que el daño ambiental deja huellas materiales y afectivas. El miedo, la incertidumbre y la tristeza circulan entre los personajes y el entorno, configurando una comunidad sostenida por el agotamiento. La contaminación transforma el paisaje y, al mismo tiempo, impregna los cuerpos y los vínculos, generando nuevas formas de relación marcadas por la pérdida y desconfianza.

## 2.2 Huellas de la contaminación en los cuerpos y relación de los personajes

En *Zona de sacrificio,* los cuerpos funcionan como los primeros registros del daño ambiental. Giraldo y Toro sostienen que la materialidad del cuerpo revela las formas en que la violencia ecológica se introduce en la vida social, transformando la salud y los modos de habitar. En la novela, los personajes encarnan esta idea: su piel, sus órganos y su energía se ven alterados por la contaminación, convirtiéndose en el testimonio físico del deterioro del entorno.

Desde las primeras manifestaciones del desastre, los cuerpos humanos y animales comienzan a mostrar síntomas del contacto con las aguas tóxicas. El narrador describe a un perro que:

> Tiene una enfermedad a la piel que lo lleva a perder casi todo el pelo permanentemente. Está cubierto de placas oscuras y dolorosas que le supuran un pus grueso y sanguinolento. Toda su alergia comenzó el día que se le escapó de las manos a su dueño y se metió al mar (34).

Este cuerpo animal funciona como advertencia de lo que ocurrirá después con los habitantes del pueblo: la contaminación invade las especies, volviendo borrosos los límites entre lo humano y lo no humano. El mar, antes un lugar de sustento, se convierte en una sustancia que hiere y descompone. La piel dañada del perro refleja la textura de un territorio que se pudre desde dentro, mientras la indiferencia de los otros anticipa la naturalización del daño que luego afectará también a las personas.

Con el paso del tiempo, el daño se extiende a las personas. El contacto constante con los residuos de la Empresa altera la composición misma de los cuerpos, volviéndolos casi irreconocibles: "A los hombres verdes se les llamó hombres verdes, porque fueron los primeros trabajadores de la Empresa, que de tanto exponerse al ácido sulfúrico que emanaba de ésta, comenzaron a tener la mayor parte de sus tripas verdes" (77). Los 'hombres verdes' muestran la fusión entre carne y metal, entre cuerpo y veneno. La contaminación deja de ser un fenómeno externo y pasa a habitar dentro de las personas, difuminando la frontera entre naturaleza, industria y organismo. Como sugieren Giraldo y Toro, la violencia ecológica se instala en la materia viva, inscribiendo en ella una memoria del daño que no se puede borrar.

El proceso alcanza un punto extremo cuando el propio cuerpo deja de ser percibido como algo vivo. En un fragmento, el narrador señala: "[…] vinieron después con 'Síndrome de Cotard' afirmando que estaban listos para prescindir de alimentos, porque habían sido declarados muertos. La mala fortuna, advertían, los había conducido al estatus de 'zombis' o 'seres sin sangre'" (46). Este pasaje condensa el efecto más profundo de la contaminación: destruye la salud y la percepción de la vida. Los personajes dejan de sentirse vivos porque el entorno ya no les devuelve señales de vida. Los cuerpos, agotados y vaciados, se transforman en metáforas del territorio en estar enfermos, áridos y sin energía.

El entorno, igualmente degradado, refleja este proceso: “A orillas de la playa, el Extraño, siempre suele encontrarse con una arena muchísimo más oscura que la habitual. Los residuos de petróleo y arsénicos, [...] la dejan así” (64). La arena ennegrecida se convierte en espejo de los cuerpos contaminados. De este modo, el espacio y la carne se confunden, y el daño ambiental se vuelve inseparable del deterioro humano. La contaminación del territorio y el deterioro de quienes lo habitan aparecen entrelazados, sin dejar una frontera clara entre el paisaje afectado y la experiencia corporal del daño.

La contaminación se materializa en la piel, la sangre y también en la textura del paisaje, en las calles que: “se alinea[n] [...] como tentáculos infinitos, expandiendo toda la desgracia que ha traído la Empresa, hasta los rincones más ocultos” (66). Los ‘tentáculos’ sugieren que el daño se propaga como un organismo vivo, infiltrándose en todos los espacios posibles. Las calles parecen teñirse con la misma enfermedad de los cuerpos, lo que refuerza la idea de que la contaminación no distingue entre lo vivo y lo inerte: todo el entorno ha sido alcanzado por la misma fuerza corrosiva.

Estas transformaciones corporales afectan directamente en la vida comunitaria. Los habitantes, debilitados por la exposición prolongada a los deshechos, toman una actitud de resignación colectiva: “Decidieron, entonces, conservar para siempre la mirada baja, el caminar cansado, la ausencia definitiva de una esperanza de porvenir. [...] comenzaron a ser otras personas: personas ‘apagadas’, ‘muertas’” (43). El cuerpo cansado se convierte en la expresión visible del agotamiento anímico y social. La idea de Giraldo y Toro sobre el cuerpo como un espacio donde se inscribe la vulnerabilidad y el control resulta útil para pensar cómo, en la novela, la Empresa somete a los habitantes sin necesidad de ejercer violencia directa: basta con deteriorar su entorno y a consecuencia de esto también su salud y ánimo.

La descomposición física también repercute en los afectos. La comunidad entera se convierte en un conjunto de cuerpos vaciados de vida: “La calle comenzó a poblarse con todo tipo de fantasmas. Se les llamaba fantasmas porque respiraban, caminaban, e incluso comían, pero casi sin mostrar ninguna señal de vida” (43). El carácter fantasmal que adquieren los personajes muestra cómo el daño ambiental termina por vaciar la vida misma, reduciendo la existencia a una rutina sin fuerza ni esperanza.

En conjunto, los cuerpos enfermos, las calles ennegrecidas y la comunidad fantasmal construyen una imagen total de la contaminación como una experiencia que se filtra en todos los rincones. El territorio, los cuerpos y los vínculos quedan marcados por una misma herida que anuncia la pérdida de la vitalidad.

## Capítulo 3: Focalización narrativa y representación de la experiencia

La representación del daño en *Zona de sacrificio* se limita a lo físico y lo emocional, pero también se construye desde la mirada narrativa. El modo en que se organiza la focalización condiciona la manera en que el lector accede a la experiencia de los personajes y al deterioro

del entorno. En este sentido, la novela adopta una focalización cero, en la que un narrador omnisciente domina toda la información y conoce tanto los hechos como los pensamientos de los personajes. Esta posición le permite narrar el daño desde una perspectiva amplia, donde lo individual y lo colectivo se entrelazan bajo una misma mirada.

A través de esta voz narrativa, el relato da cuenta del deterioro visible del territorio y de los procesos internos que atraviesan los personajes. De este modo, la focalización cero permite articular el entorno contaminado con la experiencia humana, revelando cómo la violencia ecológica se inscribe en las emociones y en la memoria de la comunidad. Por ello, a continuación, se desarrollará un apartado denominado 'El narrador omnisciente y la representación de los personajes frente al daño ambiental' para analizar cómo esta perspectiva permite comprender el impacto de la contaminación en el espacio físico y en las vivencias de los personajes.

### 3.1 El narrador omnisciente y la representación de los personajes frente al daño ambiental

El narrador omnisciente en *Zona de sacrificio* cumple un rol importante en la configuración del relato, pues desde su mirada total logra articular las experiencias individuales y colectivas del daño. Su voz relata los hechos y se introduce en la interioridad de los personajes, anticipa los acontecimientos y construye una visión global del deterioro ambiental y humano. Debido a la focalización cero, la novela consigue representar un mundo en el que la contaminación se manifiesta tanto en el paisaje como en las emociones y pensamientos de quienes lo habitan.

Desde las primeras páginas, el narrador anticipa el destino de los personajes, moldeando su identidad incluso antes de que ellos mismos sean conscientes de ella. Así ocurrió con Eusebio: “No lo sabe aún, pero es aquí, en este preciso lugar —donde obtendrá un trabajo y se ganará un salario por primera vez —que comenzarán a decirle ‘Extraño’. Jamás Eusebio, sino ‘el Extraño’” (14). Esta cita muestra el control que el narrador tiene sobre la historia y sobre la percepción del lector. El uso de ‘no lo sabe aún’ deja una distancia entre el conocimiento del narrador y la ignorancia del personaje, lo que refuerza su función de guía y mediador. El lector entiende desde el inicio que la identidad de Eusebio estará marcada por la otredad, un rasgo que no proviene de su voluntad, sino de la del entorno que lo nombra y define. A través de esta focalización, el narrador regula la información disponible, guiando la interpretación del lector desde una posición de dominio.

Esa misma mirada aguda permite acceder a las emociones y recuerdos de otros personajes, como Doña Conchita, quien al reencontrarse con el muchacho revive un amor pasado: el Argentino, el padre de Eusebio: “le recuerda a alguien [...] que continúa palpitante en su memoria. De improviso, se refriega nuevamente los ojos al leer el nombre de Eusebio [...] ya se ha jurado a sí misma que esta vez no se le escapará” (16). El narrador, más que describir la escena, revela lo que la mujer siente y piensa en silencio. Esta capacidad de exponer lo íntimo transforma la narración en un espacio donde la memoria y el deseo se entrelazan, mostrando cómo el pasado amoroso vuelve como una herida que el tiempo no logra borrar.

A través de la omnisciencia, el narrador también amplía su alcance hacia la comunidad, observando el comportamiento colectivo frente a los signos de contaminación. En la descripción de la invasión de moscas, la mirada narrativa se sitúa por encima de los

individuos, para abarcar de forma panorámica: “Hordas tan cohesionadas, que lucían como un derrame opaco sobre una tela blanca. Pero ni aun así, ni con la invasión de moscas soplándoles la nuca a los habitantes del pueblo, estos reaccionaron” (24). Este ángulo enfatiza la pasividad y la ceguera de los habitantes, quienes, pese a la prueba del desastre, permanecen inmóviles. Desde esta perspectiva, el narrador muestra e interpreta la escena de manera que funciona como una denuncia por la indiferencia que sostiene y prolonga el deterioro del entorno.

En otros momentos, la omnisciencia permite que el relato transcurra entre distintos tiempos, y en ese movimiento el narrador recurre a la prolepsis, adelantando los efectos del daño antes de que los personajes lo experimenten: “Solo treinta años después, se enterarían de la verdadera toxicidad a la que habían sido expuestos. La muerte no comenzó a revolotear sobre sus cabezas, sino en sus casas, entre sábanas, entre sus hijos” (41). La voz narrativa, al moverse libremente por la temporalidad, otorga una perspectiva de largo alcance que refuerza el carácter irreversible del desastre. Este manejo del tiempo introduce un futuro contaminado desde el presente, y los personajes son observados desde una mirada que ya conoce su final.

En algunos pasajes, la mirada del narrador se detiene en personajes anónimos, permitiendo ver el dolor individual de otras personas de la comunidad:

> Delirante y desesperada, se movía como una de aquellas criaturas, que buscaban su propio sepulcro. Se desplazaba sin pronunciar palabra. Pero dos o tres veces gimió, tan fuerte y profundamente, que únicamente de esa forma, logró demostrar que su verdadero sentir no se asentaba en su locura, sino en su corazón hecho añicos. No se

> trataba entonces de una persona infectada por los males de la Empresa, sino por el peso de la pena terrible de haber enterrado un hijo. (44)

El narrador expone aquí una experiencia de duelo que rompe con la idea de que todo sufrimiento proviene exclusivamente de la contaminación. Esta escena revela que el deterioro emocional forma parte del paisaje humano del pueblo, pues la muerte y la pena circulan por la comunidad de un modo que se vuelve habitual. Este momento permite observar cómo el dolor íntimo de una madre se integra en el ambiente general de desolación, mostrando que la vida afectiva en el territorio está marcada por pérdidas que superan su dimensión ambiental y configuran una atmósfera de fragilidad compartida.

Tras mostrar cómo el dolor individual se inscribe en un ambiente de desolación compartida, el relato lleva su atención hacia las voces que articulan esa percepción colectiva del daño: "—Ya nadie cree que haya un futuro aquí —se lamenta—. El pueblo completo terminará viviendo sin creer en nada –le dice al Extraño" (66). A través de las palabras de Pedro Lobos, quien se convirtió en una figura activa dentro del pueblo al organizar el primer encuentro político, el narrador transmite la postura de alguien que conoce de cerca el pueblo. Su discurso combina cansancio y lucidez, pues reconoce la pérdida de esperanza, y al mismo tiempo, intenta advertir sobre el riesgo de caer en la resignación. La mirada narrativa lo presenta como una figura que logra poner en palabras el estado del territorio, y este gesto revela cómo la focalización cero permite que la experiencia colectiva del daño toma una voz en el relato.

Asimismo, la mirada del narrador profundiza en los vínculos familiares invadidos por la contaminación y el aislamiento. Cuando Blanca pregunta: "—Dime la verdad, ¿la Concha te ha preguntado alguna vez por mí? —interroga a su hijo, arrepintiéndose de inmediato por haber pronunciado el nombre de su hermana con tanta familiaridad" (120), el narrador expone una tensión silenciosa que trasciende la interacción. En esa pregunta se concentra una historia de separación, culpa y remordimiento. El conocimiento que tiene sobre los pensamientos y emociones de los personajes convierte el lazo entre las hermanas en un reflejo del deterioro ambiental, pues, así como el territorio se fragmenta, también se quiebran los afectos. El narrador omnisciente revela que el daño se respira, se hereda y persiste en las relaciones.

De igual forma, el narrador se introduce en la conciencia de los hermanos Soto, quienes, pese a trabajar para la Empresa, también son víctimas del mismo sistema que los emplea. En un momento de desahogo, Mauricio le dice a su hermano: "—El jefe quiere matarlos, ¿sabí? —le confiesa de pronto Mauricio Soto a Raúl Soto, pero luego su mueca temeraria cambia a una de terror" (126). A través de esta escena, el narrador expone el miedo interno de quienes sostienen la maquinaria del daño. La voz omnisciente permite al lector acceder a su contradicción: la conciencia del peligro y la imposibilidad de escapar. Algo parecido ocurre cuando Soto afirma: "—Eres el único que no me niega. El único que me saluda, ¡el único!" (115), expresión que revela la soledad moral y afectiva de los trabajadores. El narrador transforma ese miedo en una dimensión compartida del sufrimiento, ampliando el alcance del daño más allá de la división entre víctimas y culpables. Este uso de la focalización cero permite construir un mapa afectivo del desastre, donde cada conciencia individual se integra en una memoria común del territorio.

Finalmente, la voz omnisciente deja de centrarse únicamente en las vidas individuales para capturar la dimensión colectiva del sufrimiento. En el cierre de la novela, el narrador observa a la multitud que se une en una sola consigna: “Corean todos al mismo tiempo: ¡Zona de sacrificio!” (144). Desde su posición totalizadora, logra representar un gesto de resistencia común que unifica más allá de las historias personales. En ese punto, el narrador se erige como memoria del daño y testigo de una historia que los propios personajes no pueden narrar. De esta manera, la focalización cero cumple la función de preservar, desde la palabra, la experiencia de una comunidad que ha sido silenciada por la violencia ambiental.

En suma, la focalización cero en *Zona de sacrificio* organiza la narración y también configura una forma de representación del daño. A través de un narrador omnisciente, la novela construye una mirada que abarca tanto la interioridad de los personajes como el deterioro del territorio, vinculando lo emocional con lo ecológico. Este punto de vista permite que la experiencia del desastre no se fragmente, sino que se perciba como una totalidad que envuelve cuerpos, memorias y espacios. El narrador, desde su conocimiento absoluto, actúa como un agente que organiza y conserva las experiencias de la comunidad; su relato transforma el dolor en memoria y convierte la contaminación en una historia compartida. Así, la novela expone la violencia ambiental, y mediante su focalización, le otorga voz y testimonio a una comunidad marcada por el silencio y la pérdida.

## Conclusión

A través de la lectura de *Zona de sacrificio* de Leo Marcazzolo, este análisis buscó comprender cómo la narrativa de ficción representa la experiencia emocional y social de vivir en un territorio afectado por la contaminación industrial. La tesina partió de la hipótesis de que la focalización cero, encarnada en la figura de un narrador omnisciente, permite articular la violencia lenta en sus dimensiones física, afectiva y comunitaria. La lectura analítica de la novela confirmó que dicha perspectiva posibilita observar simultáneamente el deterioro del entorno, la transformación de los vínculos y las formas de habitar un territorio marcado por el daño. A través de este tipo de focalización, la novela hace visible un conjunto de procesos que, en la vida real, suelen permanecer naturalizados o fuera de la mirada directa.

El análisis permitió constatar que la contaminación en la novela se interioriza hasta convertirse en parte de la vida diaria. La degradación se respira, se hereda y termina por naturalizarse, creando un modo de existencia donde la afectividad y el entorno se encuentran profundamente entrelazados. Las descripciones del entorno, las prolepsis y la disposición temporal del relato refuerzan la sensación de que el tiempo avanza con lentitud, mientras la comunidad permanece atrapada en un estado de desgaste emocional que se renueva cada día. En este sentido, la focalización cero cumple una función estructural: organiza la mirada del lector desde un punto de vista totalizador que capta, simultáneamente lo humano y lo ambiental, y permite comprender la contaminación como un fenómeno material y una experiencia que modela la vida cotidiana.

Uno de los hallazgos más importantes fue identificar que la violencia ambiental, más que operar desde lo visible, actúa como una afección psíquica y emocional. La novela muestra que el daño se refleja en la fatiga afectiva de los personajes, en el desánimo que atraviesa sus vínculos y en el modo en que la comunidad experimenta la cotidianidad bajo

una atmósfera de desgaste permanente. Este hallazgo permitió vincular la lectura ecocrítica con la teoría de los afectos, revelando que el territorio contaminado funciona como una extensión de la sensibilidad de sus habitantes. En este sentido, la alteración del entorno repercute directamente en la vida afectiva de los personajes, de modo que la violencia lenta se manifiesta tanto en el paisaje como en las relaciones y en la sensibilidad del día a día. La novela visibiliza, así, que habitar un territorio dañado implica también habitar una emocionalidad marcada por la fatiga, el desencanto y la resignación.

El análisis reveló además que la omnisciencia narrativa cumple una doble función dentro del texto. Por un lado, denuncia el carácter estructural de la contaminación, mostrando que el desastre no es natural sino consecuencia de una lógica económica y política sostenida por la 'Empresa', símbolo del poder industrial. Por otro, la voz narrativa actúa de mediadora entre la comunidad y el lector, haciendo visible aquello que los propios personajes ya no perciben. La focalización cero, en consecuencia, se convierte en una herramienta de memoria y resistencia, pues al registrar el deterioro y las emociones colectivas, preserva la historia de quienes habitan en espacios silenciados. A través de esta mirada, la novela narra la contaminación y también la dificultad de nombrarla, reconocerla y enfrentarla.

Durante el proceso de análisis surgió también un hallazgo imprevisto: reconocer que la representación del daño remite a la violencia ambiental y se extiende a la representación de una cultura de acostumbramiento. La pasividad, la pérdida de asombro ante la contaminación y la aceptación de la muerte como parte del paisaje revelan que la violencia lenta produce una disminución progresiva de la capacidad de reaccionar ante el daño. Este aspecto, no previsto inicialmente, amplió la comprensión de la novela al mostrar que el problema del daño ecológico no reside únicamente en su materialidad, sino también en la

normalización de sus efectos y en la dificultad para sentirlos y reconocerlos como una forma de violencia. La novela, así, obliga a pensar en los procesos contaminantes y en los mecanismos emocionales y sociales que permiten que estos continúen.

En una mirada más amplia, los resultados de esta tesina subrayan la necesidad de considerar la dimensión afectiva en los estudios ecocríticos. *Zona de sacrificio* demuestra que la devastación ambiental puede comprenderse desde el discurso científico o político, pero también desde las emociones, los vínculos y las experiencias sensibles de quienes la padecen. La novela ofrece una narrativa para pensar cómo se siente esa devastación, cómo se vive desde dentro del deterioro del entorno y cómo se hereda su marca. De este modo, la literatura se posiciona como un medio capaz de traducir la crisis ecológica en experiencias humanas.

A partir de estas observaciones, surgió también una proyección importante de la tesina, relacionada con la ampliación hacia otros enfoques teóricos. La presencia de una empresa que regula el ambiente, decide sobre el territorio y condiciona la vida de las personas, sugiere un posible vínculo con la biopolítica, en tanto la contaminación aparece como una forma indirecta de gestión de los cuerpos y de distribución desigual de la vulnerabilidad. Asimismo, la transformación del territorio en un espacio destinado al desgaste y al despojo posibilita otro vínculo con el extractivismo latinoamericano, especialmente en la línea planteada por Eduardo Gudynas, donde ciertos territorios son sacrificados en nombre del desarrollo económico. Aunque estas perspectivas exceden los límites de la tesina, su incorporación más adelante permitiría ampliar la comprensión de la novela hacia una dimensión política y estructural del daño ambiental, articulando poder, vida y explotación territorial.

Junto con esta proyección teórica, la tesina además abre una línea de continuidad en un ámbito de comparación: el establecimiento de diálogos con obras latinoamericanas que también problematizan la contaminación y sus efectos. Por ejemplo, *Mugre rosa* (2020) de Fernanda Trías, donde los vientos tóxicos afectan igualmente los cuerpos, los vínculos y los modos de habitar un territorio amenazado. Estos cruces permitirían ampliar la reflexión hacia un lugar donde la violencia ambiental se manifiesta en formas diversas pero conectadas.

La pertinencia de este trabajo radica, por tanto, en mostrar que la degradación ambiental es también una experiencia simbólica, afectiva y relacional y que los estudios literarios pueden contribuir a visibilizar esta dimensión del problema. En el contexto nacional marcado por la presencia persistente de zonas de sacrificio, como Quintero y Puchuncaví, resulta necesario considerar no solo los datos ambientales o económicos, sino además el modo en que la contaminación impacta en la vida emocional de las personas. La necesidad de este estudio se sostiene, entonces, en la urgencia de comprender la violencia lenta como un fenómeno total que penetra cuerpos, vínculos y territorios y que exige lecturas interdisciplinarias capaces de abordar su complejidad.

Finalmente, esta tesina puede ser útil para estudiantes e investigadores que se aproximen a la literatura desde la ecocrítica, los estudios del territorio o la teoría de los afectos. Asimismo, abre una vía para continuar explorando cómo la narrativa chilena contemporánea representa espacios marcados por el daño ambiental. Más allá de su alcance académico, este trabajo busca contribuir a la reflexión sobre la manera en que la literatura puede ser un medio de sensibilidad, memoria y pensamiento crítico frente a las múltiples formas de deterioro que afectan a las comunidades y al entorno.

**BIBLIOGRAFÍA**

Ahmed, Sara. *La política de las emociones*. Traducido por Cecilia Olivares. Universidad nacional autónoma de México, 2015 [2004].

Araya, Juan. "Aproximaciones al estudio ecocrítico de la literatura chilena". *Logos: Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura*, vol. 26, no. 2, 2016, 278-285.

Garrard, Greg. "Beginning: Pollution". *Ecocriticism*. Routledge, 2004, 1-15.

Genette, Gérard. "Modo". *Figuras III*. Traducido por Carlos Manzano. Editorial Lumen, 1989 [1966], 219-269.

Giraldo, Omar y Ingrid Toro. *Afectividad ambiental, sensibilidad, empatía y estéticas del habitar*. Colegio de la Frontera Sur, 2020.

Glotfelty, Cheryll. "Introducción". *The Ecocriticism Reader: Landmarks in Literary Ecology*. University of Georgia Press, 1996, xv-xxxvii.

Marcazzolo, Leo. *Zona de sacrificio*. Los Perros Románticos, 2016.

Nixon, Rob. *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Harvard University Press, 2011.

Veas Basso, Catalina y Claudia Fuentes Pereira. *Vivir en una zona de sacrificio: experiencias e historias ciudadanas de la contaminación de Chile*. Programa Chile sustentable, 2020.

Villasana, Pedro et al., "Zonas de Sacrificio y Justicia ambiental en Chile: Una mirada crítica desde los objetivos del desarrollo sostenible 2030". *HALAC – Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña*, vol. 10, no. 3, 2020, 342-365. https://www.halacsolcha.org/index.php/halac/article/view/492